

“PERDISTE...” INTERPRETACIONES SOCIALES SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS, EN EL CONTEXTO DEL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL

Silvio Aragon¹

RESUMEN: Este artículo nace de una reflexión a partir de una experiencia personal, en el contexto de mi trabajo de campo, sobre violencia y “Barras Bravas” en el fútbol argentino. Mi objetivo es comparar dos ideas contrastantes, por un lado lo que, desde una perspectiva *etic*, definiríamos como los derechos humanos y por el otro lo que, desde una perspectiva *emic*, constituiría una noción específica de honra. Mi propósito es contribuir a la comprensión de las diferentes interpretaciones sobre la violencia entre grupos de hinchas organizados y la policía.

PALABRAS CLAVES (KEY WORDS): Fútbol, Violencia, Aguante, Barras Bravas, Policía, Derechos Humanos.

INTRODUCCIÓN

Este artículo nace de una reflexión a partir de una experiencia personal, en el contexto de mi trabajo de campo, sobre violencia y “Barras Bravas” en el fútbol argentino. Mi objetivo es comparar dos ideas contrastantes, por un lado lo que, desde una perspectiva *etic*, definiríamos como los derechos humanos y por el otro lo que, desde una perspectiva *emic*, constituiría una noción específica de honra. Mi propósito es contribuir a la comprensión de las diferentes interpretaciones sobre la violencia entre grupos de hinchas organizados y la policía. Las violaciones de los derechos humanos, se transforman, en este contexto, en simples o complejas reglas de juego, que solo los actores sociales involucrados pueden entender y decodificar. Estas reglas de juego, incluyen la comprensión, por parte de quienes supuestamente son víctimas de algún tipo de abuso de autoridad, de la represión como parte del trabajo de la policía, “ellos están para eso”. La idea que subyace, eventualmente, entre los detenidos por actos de violencia en el fútbol, es que “perdieron”, pero la próxima se la “cobran”. Es en este contexto en el que mi idea previa acerca de los derechos humanos se desnaturaliza, y es condición imprescindible para comprender estos fenómenos entender los parámetros propios de estos actores sociales.

Este trabajo surgió a consecuencia de mi estudio de campo con la hinchada de San Lorenzo de Almagro,² específicamente con la denominada *Barra Brava*,³ durante febrero de 1997,

en la ciudad turística de Mar del Plata. Este no es el tradicional escenario de los torneos oficiales de fútbol disputados por la Asociación de Fútbol Argentina (AFA), pero sí de la disputa de los torneos de verano denominados “Copa de Oro”.

El día de playa del 27 de febrero, se terminó rápidamente con la llegada de una tormenta de verano, una razón de más para asistir al partido entre San Lorenzo de Almagro y Vélez Sarsfield,⁴ a desarrollarse en el Estadio José María Minella de la ciudad balnearia, ya que estas condiciones climáticas impedían otro programa de salida. El partido no ofrecía más atractivo que la simple recreación de un evento deportivo y, a priori, no despertaba un gran interés para mi trabajo de campo. Pero, poco antes de que se desatara la tormenta sobre la ciudad, en un balneario de la zona sur denominado Punta Mogotes, cerca de las cuatro de la tarde, se encontraron las dos Barras Bravas de estos equipos, quienes ya se habían “encontrado” anteriormente y se habían prometido seguir enfrentándose. El saldo del encuentro fue un apuñalado con arma blanca y numerosos detenidos de ambos lados.⁵ Esta riña callejera se trasladaría horas después, con total desconocimiento por mi parte, al estadio en donde realizaría mi observación participante.

Cerca de las veinte horas del lunes 27, decidí ir caminando hasta el estadio. Dada mi ignorancia de los hechos anteriores nada me hacía presuponer que ocurrieran incidentes,⁶ sobre todo, teniendo en cuenta la escasa cantidad de público que había en la cancha a la hora del comienzo del partido, sobre las 22. Ya instalado en la popular de la tribuna Sur, me entero de lo sucedido por la tarde, y de la promesa por ambos lados de una “revancha”.⁷ Ese día comenzaría a comprender como se construyen rituales deportivos, que aparecen como espacios en los que se crean zonas liminales (Leach. 1984), en los cuales los valores de la vida cotidiana no tienen el mismo sentido para diversos actores sociales.

Un informante ocasional en la tribuna, me explica que el “combate” (pelea entre hinchadas o barras bravas) había sido bastante duro, y que seguro continuaría en la cancha⁸ - esto deja de lado la idea de que estos enfrentamientos sean “irracionales” y protagonizados por “animales” o bestias”; este enfrentamiento fue racionalmente programado y tenía un lugar y una hora de encuentro. Esta idea de “biologizar” o “animalizar” el tema, por parte de gran parte de la bibliografía, queda desacreditada por los acontecimientos que marcan una organización y una planificación anterior (Alabarces. 2000: 212)

Al arribo de la Barra Brava de San Lorenzo a la tribuna, se podía observar claramente la disposición al “combate” y no como el resto de los hinchas a mirar el partido. Llegaron pertrechados con sombrillas para sol con los colores del club (azul y rojo), que habían se “había hecho” (robado) de los balnearios durante su retirada luego de la llegada de la policía después del enfrentamiento con la hinchada de Vélez. Se los notaba visiblemente alterados⁹ y entonaban cantos particularmente agresivos:

“Velez que duro^α que estoy... te lo dice mi nariz, hoy vas a morir...”

Al término del primer tiempo el partido estaba uno a cero en favor de San Lorenzo, cuestión que paso rápidamente a segundo plano. En ese momento una fuerte lluvia se desató sobre el estadio, produciendo la dispersión de los hinchas hacia la única tribuna techada que posee el estadio, la platea Sur. Pero en ambas populares quedaron los que capitalizan el valor simbólico de los “hinchas bravos”, los que tienen *aguante*^β, aún bajo la lluvia. Quizás por que ya estaba mojado, quizás por tener la oportunidad de quedarme cara a cara con mi objeto de estudio, o simplemente por inconsciente, decidí quedarme con ellos custodiando los “*trapos*” (las barras bravas denominan a las banderas como trapos, siendo un hábito el robo de los del los contrarios y la defensa de las propias). Al comenzar el segundo tiempo, parte de la Barra Brava de Velez, intenta robar una bandera de San Lorenzo de la platea descubierta Norte. El trapo había quedado casi olvidado por algún hincha en la estampida provocada por la lluvia. Este hecho fue comprendido como una clara incitación a la pelea. Fue entonces cuando mi observación participante fue, tal vez, más participante que nunca, al grito de “*vamos los cuervos*¹⁰ *he...*”, todos corrimos en dirección de los hinchas de Vélez, que comenzaron a arrojar piedras y todo elemento “contundente” que encontraran a su paso hacia *nosotros*.

La bandera quedó definitivamente olvidada, y las piedras iban de un lado hacia otro, provocando corridas en un sentido y en el opuesto, dependiendo de que *banda*¹¹ estuviera atacando. El enfrentamiento terminó cuando los hinchas de Vélez decidieron retirarse, sobre todo porque la policía ya se había acercado al lugar. Lamentablemente se había acercado por detrás de nosotros, lo que significó que al darnos vuelta para volver a nuestra tribuna, nos esperaba el Grupo de Infantería de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, famoso por sus enfrentamientos con las Barras Bravas, y sobre todo, por “sus eficientes

métodos”¹² de disuasión; fuertemente armados con cascos que le cubren hasta los ojos, escudos de acrílico, escopetas y largos palos de madera. Tarde me di cuenta que hubiera debido salir corriendo con la mayoría de la Barra Brava, quienes, ya acostumbrados a este tipo de enfrentamientos, se dispersaron muy rápidamente – con lo cual la idea de aguante, por parte de la Barra Brava es una buena teoría, pero tiene sus debilidades prácticas-.

Luego de la narración de esta experiencia de campo es oportuno preguntarse, ¿qué nos deja este relato? Claramente puedo afirmar que para los actores sociales involucrados, el fin de la violencia no es un problema en sí. Esta afirmación surge, no solo del relato, sino también, porque todos mis informantes ocasionales, referían hechos de violencia anteriores al partido. Por ejemplo, los hechos narrados en el relato sobre los enfrentamientos que se sucedieron en el balneario e inclusive durante la semana previa al partido, que no fue casual, sino buscado por la barra brava de San Lorenzo – también conocida como Butteler -, consecuencia de deudas pendientes en anteriores peleas. Esto ya hacía que la promesa de un futuro enfrentamiento era real y concreta. La carátula de “partido de alto riesgo”¹³ (Armstrong. 1998), pone en evidencia que la violencia es recurrente en cada enfrentamiento, y no tiene fin; es cíclica. En este contexto, esta claro que el perfil de agresividad de los barras bravas, más que un problema, es una identificación de su rol dentro del contexto social en que se manifiestan. La violencia en el fútbol argentino asoma ya no como momento pasajero del proceso social que vive la Argentina, sino, como una parte constitutiva del mismo.

La complejidad de la identidad de la barra brava tiene que ver con la manera en que este grupo de hinchas de sectores urbanos construye su identidad vivenciando su “otro” mundo. Otro mundo, porque la manera en el que se desarrollan sus actos de violencia aparece como un no-mundo de simples espectadores de fútbol, es el reino de la violencia, el enfrentamiento, la marginalidad, los que no se adaptan; donde no hay ley escrita, donde prima la “ley del más fuerte”. Dentro de estos parámetros socioculturales es imposible pensar en un cambio de actitud de estos actores sociales, para ellos no es lo relevante. El enfrentamiento físico no es percibido como problema, tampoco el quedar detenido en una seccional o en la misma cárcel. En este contexto, ¿qué se está privilegiando?; ¿cuales son los valores comunes que entrecruzan a las barras bravas - y podemos agregar- a la policía?

A partir de estas consideraciones, la afirmación sobre la violencia sin fin, se extiende a todas las barras bravas que actúan en el fútbol argentino y también se extiende, como trataré de explicar más adelante, a la policía.

El segundo punto, cuestiona las bases de este ciclo de violencia y por qué los actores involucrados responden con más violencia. Estas cuestiones performatizan el valor del *aguante*, el cual explicaré hacia el final del texto. Es difícil definir que es lo anómalo o lo normal. Lo anormal es no pelearse porque implicaría no tener aguante.

En este contexto opera una racionalidad diferente a la comprendida dentro de mi sentido común. El sentido común nos indicaría que cualquier tipo de agresión física o moral, sería impugnada por nuestras convicciones, de que la violencia genera más violencia, y de que a la cancha se va a ver un partido de fútbol y no a pelearse.

Lo que para nosotros es anómalo para un barra brava, es lo normal y viceversa. Mi sentido común, es diferente al sentido común del aguante. Más allá de ir a la cancha a ver un partido, está la acción violenta como manifestación visible de lo ilegal: se puede usar drogas; se puede insultar e incluso agredir a la policía, etc. En cuanto a la policía también opera con un sentido común que contrasta con el mío: reprimir los hechos de violencia siendo más violentos. El honor de la policía – el que actúa o va al “choque”- no se remedia con la ley, no está en su ideal cumplir con las leyes porque comprende que es la forma de “normalizar” una situación. Quieren demostrar que ante el ataque a su propia concepción del aguante, ellos también responden con aguante. Así se cierra el ciclo de violencia, que se retro-alimenta permanentemente. En mi relato, las barras bravas se pelearon en horas de la tarde, luego se encontraron en el estadio sabiendo que se iban a enfrentar, se enfrentan con la policía, y luego de la detención se prometen encontrarse en la próxima oportunidad.

“POR FIN LOS CUERVOS ESTÁN DONDE TIENE QUE ESTAR, EN UNA JAULA...”

El primer palazo, sin previa advertencia, lo recibí detrás de las rodillas y provocó mi caída inmediata. Una vez en el piso, una seguidilla de patadas y palazos, acompañadas de insultos, comenzaban a explicarme el significado de los Derechos Humanos en ese

contexto. Los gritos de la policía eran para que nos quedáramos con la cabeza sobre el piso y para detectar: “*haber cuanto aguante tienen ahora...*”. La situación no me permitía intelectualizar el momento, pero si estaba seguro que se “*estaban violando mis derechos*”. Intenté explicar esta situación al policía que me apuntaba con una escopeta cargada con balas de goma, su respuesta fue una bota sobre mi cabeza al grito de: *¡me mirás y te reviento mugroso!*¹⁴ La lluvia había cesado, pero el piso estaba lleno de agua y barro, y nuestras cabezas sobre él. El “otro” ya no era la hinchada de Vélez, era la policía. En esa nueva clasificación de *nosotros* y los *otros*, los de San Lorenzo y los de Vélez se unían contra un *otro* común: la policía. Todos los detenidos habíamos “perdido”¹⁵, quedaba aguantar lo que viniera.

El escenario de la tribuna, con banderas, sombrillas, olor a marihuana y cánticos, se transformó en un ómnibus de la policía, sucio, con mal olor, en donde nos encontrábamos silenciosos y expectantes de lo que nos podía llegar a ocurrir – la mayoría de nosotros nunca había sido detenido -. Durante una hora, aproximadamente, nos mantuvieron con la cara sobre el suelo del colectivo; caminaban sobre nuestras espaldas; nos daban cada tanto un palazo; alguna pregunta dirigida, a no sabíamos quién de nosotros por estar con la cabeza clavada al piso, que fuera cual fuera la respuesta, era objeto de lo que para mí *todavía* era un apremio ilegal. Al terminar el partido había que esperar al resto de los policías a que subieran al colectivo, para trasladarnos a la comisaría, y su tarea terminaba con ese trámite; esto también los irritaba, porque de no haber detenidos se hubiesen retirado directamente. La nueva propuesta de los policías que estaban con nosotros era, que al subir el resto de sus compañeros con la luz apagada, no nos verían y nos pisarían provocando “*un efecto alfombra*” según le explicaba un suboficial a otro que no demostraba demasiado interés en la propuesta de su compañero. Al rato se cumpliría el deseo del suboficial, y fuimos pisados por varios oficiales, entre risas, insultos y asombro. Algunos de los policías estaban muy alterados, al igual que los Barras Bravas de la tribuna y no se molestaban por disimularlo. El traslado a la comisaría confirmaría mis sospechas, que definitivamente no entendíamos lo mismo, por apremios ilegales, los policías y yo.

Al llegar a la Comisaría Tercera ubicada en la zona Puerto de Mar del Plata, había pasado no menos de hora y media, de golpes, insultos, gases arrojados directamente a los ojos, patadas y provocaciones sobre nuestro potencial aguante. Mi sentido común, me seguía indicando la existencia de una clara violación a mis Derechos Humanos por parte de la

Policía, pero para la policía su percepción del sentido común en estas circunstancias, muy diferente al mío, le daba total libertad para actuar en forma violenta – y hasta ese momento nadie gritó o se quejó, algo que les otorgaba mayor impunidad para actuar -, sin que esto constituya una acción diferente al círculo de violencia que se cierra, pero que no se detiene, con la detención de barras bravas. Nos bajaron del colectivo a patadas, palazos, y alguna que otra trompada; y solo se detuvieron al ver que había gente en la puerta esperando. Nos pasaron a un cuarto “de espera”, antes de arrojarnos al calabozo: un espacio circunscripto por cuatro paredes llenas de humedad; escrituras; suciedad de años y un fuerte olor a orina que provenía de unas botellas de gaseosas en un rincón, que hacían las veces de “baño”. Sobre una de las paredes había una reja que comunicaba con los calabozos en donde estaban los detenidos comunes de la comisaría. Recién ahí vi la cara del resto de los detenidos – diez en total -, y luego de un silencio de reconocimiento, comenzamos a preguntarnos los nombres, de donde éramos, como nos agarraron, y los efectos de la golpiza desde el arresto hasta la comisaría; incluso alguien preguntó como había terminado el partido, cuestión que ya teníamos olvidada. A través de la reja podíamos ver al resto de los presos, quienes nos convidaron con mate y algunas frazadas sin decir nada, solo pasaron las cosas por entre las rejas y por medio de un policía de guardia imaginaria. También pudimos ver a varios hinchas de Vélez, visualizados por sus camisetas, que habían sido detenidos durante el enfrentamiento de la tarde en Punta Mogotes. La relación ya no era de enfrentamiento, estábamos todos en la misma situación, y en contra de un *enemigo* común: la policía. Pregunté si les habían pegado, uno de ellos me miró con cierto asombro, y me respondió: *el traslado es siempre igual*. Lo que para mí eran apremios ilegales, violación de mis Derechos Humanos, y humillaciones, eran las reglas de juego entre Barras Bravas y policía: *códigos*. Otro de los detenidos agregó: “*esta vez perdiste*¹⁶ *cuervo, la próxima, te la cobras y le pegas vos a la yuta*”¹⁷

Los actores sociales implicados en mi objeto de estudio, la Barra Brava, me resignificaban mis presupuestos sobre los derechos humanos. Mi noción sobre Derechos Humanos, para ellos, era una noción de honra diferente a la mía, que nunca incluiría la denuncia por esos apremios ilegales. Los abusos policíacos, son percibidos por los barras bravas como normas de enfrentamiento con la policía.

A priori, yo me había apropiado de un concepto de violación a los Derechos Humanos, que es muy diferente a la noción que ellos perciben de ellos mismos. Esta nueva interpretación,

(*no es que violaron mis derechos humanos: “perdiste”*) la adquirí de la conversación con los actores sociales implicados en mi investigación. Al dialogar con estas personas comprendí sus propias interpretaciones sobre un campo totalmente desconocido por mí.

En suma, en cada situación presentada en mi relato: en la tribuna, en el enfrentamiento, en la detención, en el traslado y en la conversación con los barras bravas, operan cuestiones diferentes del sentido común que tienen que ver con lo moral, lo físico, la honra, lo político. Lo que para mí eran malos tratos, para la barra brava eran reglas de juego; la honra de la policía se enfrentó con la honra de los barras bravas; el valor físico de unos y de otros, reproducen el ciclo de violencia que dicta no dejar de pelear por ver quien detenta el aguante.

Pero, ¿qué es lo que se practica en el interior de este ciclo de violencia?

La respuesta tiene que ver con la cuestión fundamental, que a través de mi relato, he querido explicar: el aguante. Esta categoría se define como hostilidad hacia un enemigo al cual se lo define como “amargo”, “careta”, “botón”, “cobarde”, este enemigo puede ser la policía u otra Barra Brava (Semán. 1999). Este aguante es ritualizado por la defensa de las banderas propias y el robo de las banderas de las de otras hinchadas, el ingreso al estadio casi sobre la hora del inicio del partido con disponibilidad a un espacio físico específico en las tribunas populares, el consumo de drogas y la visibilidad de todas estas acciones, siendo su carta de presentación. La hostilidad frente a la policía nace de un enfrentamiento que desde la perspectiva humanista y liberal suscita la impresión de ser limitado o meramente táctico. Esta “tacticidad” aparente se disuelve si se introduce el supuesto de que las relaciones de hostilidad están constituidas en el seno de una matriz que tiene otras coordenadas para definir la moralidad. En primer lugar el aguante, valor físico y moral que designa tanto la capacidad de resistir como la de desafiar a cualquier pretensión de imposición y a cualquier adversidad. Tener o no tener aguante es lo que las distingue de los policías y de las otras barras bravas. En segundo lugar están los derechos de los necesitados, de los postergados de la sociedad. Desde esta posición de legitimidad y desde esa cualidad física y moral es que los Barrabravas condenan la vigilancia, el disciplinamiento y la violencia que produce la policía. De estas cuestiones surge una pregunta lógica, ¿no pueden dejar de pelearse, los barras bravas entre sí y con la policía? La respuesta lejos de querer ser un reduccionismo sobre la esencia violenta del hombre, la respuesta es que no; dejar de pelearse para estos actores sociales, sería visto por el resto de

las barras bravas como falta de aguante o cobardía. El ritual de la violencia opera aquí como mecanismo de “visibilización” (Mignon. 1992), como una forma fuerte de la visibilidad que se concreta en el espacio de pertenencia de los protagonistas: el estadio de fútbol. Por este motivo, renunciar a la violencia, sería renunciar a su visibilidad misma.

CONCLUSIONES

El ciclo natural que rodea la violencia en el fútbol, y que centramos en la categoría de aguante, tiene significaciones diferenciales cuando uno las quiere analizar mediante el sentido común. Lo que es anómalo y lo que es normal para unos, es muy diferente, de lo que es para otros. En este juego dialéctico, los unos y los otros tienen significantes propios. Estas ideas opuestas sobre lo normal y lo anómalo, se ponen de manifiesto en su propio contexto de desarrollo. Esto me permite afirmar que hay una idea de violencia, entre estos grupos que es un intercambio de violencia. Lo natural es la violencia, y lo anómalo es no pelearse. El amplio radio de noción y funcionamiento del aguante, no se limita a barras bravas, también incluye a la policía.

Una vez dentro de este espacio de social, el estadio de fútbol, todos los actores sociales involucrados, barras bravas y policía, asumen su propia significación sobre el sentido común de los roles que tienen asignados. La barra brava demostrará su aguante frente a otra barra brava y frente a la policía; la policía intentará restablecer el orden para los espectadores ajenos a estas cuestiones, pero no escapa a su propio sentido común, en donde también opera su aguante legitimador del orden. Así se establecen relaciones de fuerzas, si bien opuestas, con una misma lógica operacional. Todo esto enmarcado en un contexto socioeconómico de exclusión y marginación. En el estadio el Estado está representado por las fuerzas del orden: la policía, y la barra brava ofrece *resistencia* a un modelo que no los incluye y los señala acusadoramente. Perfectamente podría haber tratado de trazar una línea de continuidad histórica entre la noción de la “resistencia” hasta el “aguante”, simplemente hay que desentrañar los complejos mecanismo culturales e históricos que operan en una y en otra forma de manifestación social.

El aguante de los unos y de los otros, dirimido en su propia lógica, tiene reglas de juego que el sentido común de los que estamos ajenos a estos rituales de violencia, no podemos racionalizar. Mi idea sobre la violación de mis Derechos Humanos por parte de la policía,

cambió al verme involucrado en este ciclo de violencia del aguante, el cual no permite la denuncia de estas violaciones, sería romper los códigos. Pero cambió por que los mismos barras bravas y de alguna manera la policía, me resignificaron las reglas de participación en este ciclo, en donde los Derechos Humanos, no tienen que ver con un ideario humanitario y de libertad: *esta vez perdiste...*

REFERENCIAS

- Alabarces, P. (compilador), 2000, *Peligro de gol*, Buenos Aires, CLACSO.
- Archetti, E. 1985, *Fútbol y ethos*. Buenos Aires, FLACSO, Serie de Investigaciones.
- Armstrong, G. 1998, *Football Hooligans*. New York, Berg.
- Bajtín, M. 1987 *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza.
- Riches, D. 1986 *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Pirámide.
- Romero, A. 1985, *Deporte, violencia y política (crónica negra 1958-1983)*, Buenos Aires: CEAL
- Romero, A. 1994, *Las barras bravas y la "contra sociedad deportiva"*, Buenos Aires: CEAL.
- Veiga, G. 2000, *Donde manda la patota*. Buenos Aires, Agora.

NOTAS:

¹ Silvio Aragón: Magíster IDES/IDAES-Universidad Nacional de San Martín. Universidad Nacional de Mar del Plata. Nació en Mar del Plata, Argentina. Se graduó como Prof. Y Lic. en Historia en la UNMdP y realizó su maestría en Antropología Social en el IDES/IDAES UNSAM. Actualmente se desempeña como docente de nivel medio y universitario, en la Facultad de Psicología de la UNMdP. Trabaja como investigador en el Grupo de Investigación en Violencia y Justicia del Centro de Antropología Social del IDES. saragon@coptel.com.ar

² San Lorenzo de Almagro, es uno de los denominados cinco grandes clubes de fútbol de primera división de la República Argentina. Los otros grandes son Boca Juniors; River Plate; Racing Club e Independiente (Archetti, 2001: 23)

³ Por Barra Brava entenderemos: grupos de hinchas radicalizados y violentos. A comienzos de abril de 1967 la expresión barras bravas, a través de los dichos de un testigo directo de un asesinato en una cancha, es incorporada oficialmente a la jerga jurídica por constancia en autos y caracterizado como grupos que concurren a las canchas con el único objetivo de promover desórdenes y provocar daños en las personas y en cosas (Romero, 1994: 68-9)

⁴ Si bien Vélez Sarsfield no es considerado como uno de los "grandes", las estupendas actuaciones del equipo en los últimos años, le valió para que lo invitaran al círculo privilegiado de los torneos de verano disputados únicamente por los cinco grandes.

⁵ Noticiero TELEOCHO INFORMA, 27 de febrero de 1997.

⁶ Jerga que se utiliza la policía y los medios de comunicación para denominar el enfrentamiento entre barras rivales.

⁷ La pela terminó por la llegada de la Policía, dejando inconcluso el pleito.

⁸ Tiempo después me informaron que ese en realidad, había sido una seguidilla de enfrentamientos que llevaba más de una semana.

⁹ Era evidente el estado narcotizado y alcoholizado de los hinchas, esto era fácilmente observable por sus movimientos constantes, ojos enrojecidos y una predisposición a comenzar una pelea por cualquier motivo, inclusive entre ellos.

^α Duro, es la forma de denominar a un individuo que esta consumiendo cocaína, generalmente aspirada por las fosas nasales.

^β Al no haber un único significado para el concepto de aguante y siendo varios los intentos a la aproximación de una sola definición, por estar permanentemente en construcción (Archetti; Seman; Alabarces y otros; Romero), daré mi propia definición, a partir de mi experiencia en el trabajo de campo y la observación participante: en la barra brava se entiende por aguante al defender banderas, alentar durante todo el partido, enfrentarse o ir a buscar a la barra contraria, aunque se esté en condición de desventaja numérica, es lo contrario a correr o a ser cobarde. Esta idea incluye el enfrentamiento con la policía.

¹⁰ Denominación con se conocen y reconocen los hinchas de San Lorenzo, por ser un club fundado por un cura y haciendo alusión a su vestimenta toda negra.

¹¹ Lejos de alguna definición antropológica académica, por bandas se reconocen los hinchas que, para el resto de la sociedad, son Barras Bravas. El concepto se lo incorporó de una conocida banda de Rock “Los Redonditos de Ricota”.

¹² El entrecomillado, es porque sus métodos incluyen la lucha cuerpo a cuerpo, los golpes con bastones de madera, gases, y hasta balas de goma disparadas desde una muy corta distancia directamente al cuerpo.

¹³ Esta categorización corresponde a la Policía Federal, antes de un partido, lo cual anticipa y predispone, a policía y barras bravas, sobre la posibilidad de actos de violencia.

¹⁴ Durante todo el camino desde el estadio hasta la comisaría, la directiva más repetida por parte de los policías, era no mirar sus rostros y menos aún sus placas. Estas podían ser las dos únicas formas de reconocernos en caso de realizar alguna denuncia contra ellos por abuso de autoridad o apremios ilegales.

¹⁵ Comúnmente se denominan así al ser detenidos por la policía, también es una expresión que utilizan los detenidos de tal forma que ya no se utilice la fuerza contra ellos: “me entrego...perdí”

¹⁶ Los términos *traslado* y *perdiste*, son conceptos que incorporé luego de mis diálogos, con los Barras Bravas, tanto de San Lorenzo como de Velez, dentro de la comisaría.

¹⁷ Término acuñado del lunfardo (léxico muy tanguero y urbano de Buenos Aires), que enuncia a la policía.